

Presunción de derrota

El presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, inundó las calles de seguidores en Brasilia y Sao Paulo. Eso no debería sorprender. A pesar de su alicaída popularidad, el ex militar tiene unos partidarios muy ruidosos y poco temerosos de la pandemia que castiga al país. Y responden al llamado de su líder, que puede encontrar en ellos lo que no halla en el sistema político: apoyo. Bolsonaro está cada vez más solo. Sus denuncias, que es incapaz de comprobar, sobre fraudes a través del sistema de votación electrónico brasileño –elogiado como modelo en el mundo por su fiabilidad–, le valieron la apertura de una investigación por parte del Supremo Tribunal de Justicia.



Crédito fotografía: Wikimedia Commons

El mandatario cuestiona al mismo sistema que lo llevó al poder, y antes, una y otra vez, a ocupar su banca en el Congreso. La policía, autorizada por el máximo órgano judicial del país, lo investiga por potenciales irregularidades en las negociaciones para compra de vacunas en su gobierno. Los pedidos de ‘impeachment’ se acumulan en el Legislativo. La inflación campea, el desempleo no cede, la economía tuvo su primer tropezón trimestral en los últimos 12 meses. Pero Bolsonaro –con su modesto 24% de popularidad a cuestas y la sombra de Lula que se hace cada vez más grande a pesar de que aún no se sabe si será candidato–, afirma que “solo dios” lo sacará de la Presidencia de Brasil. El mandatario eligió un camino de confrontación con organismos como el tribunal electoral, y poderes como el Judicial, que augura un incremento de la inestabilidad en Brasil, a medida que se acercan unas elecciones que Bolsonaro cuestiona por anticipado porque sabe que como están hoy las cosas, perderá. ●

Golpe a Occidente

“Caótica”, “vergonzosa”, “apresurada” o “equivocada”. La salida de Estados Unidos de Afganistán recibió todos los calificativos negativos posibles por su precariedad y por la indefensión en la que, ante los ojos del mundo entero, quedaron millones de afganos encerrados en un país que será gobernado por un grupo extremista con antecedentes brutales. El gobierno de Joe Biden terminó de cumplir la decisión de Donald Trump de acabar con la presencia estadounidense en Afganistán, y con ello desnudó el enorme fracaso de 20 años de ocupación. El gobierno pro occidental artificialmente sostenido se desmoronó en cuestión de horas; el ejército equipado y entrenado por Estados Unidos y algunos países aliados tuvo todo menos identificación con una causa nacional ante el avance de los talibanes. Los cuestionamientos a Biden vienen de los dos lados del espectro político norteamericano. Por la impericia en el manejo de esta salida, por ignorar las advertencias de expertos que avisaron que algo así podría pasar, porque a pesar de haber conformado un gabinete inclusivo con fuerte participación de mujeres, Biden optó por salir de Afganistán sin un plan B para las afganas que padecieron al régimen talibán entre 1996 y 2001. Ahora Afganistán es un país que sigue en conflicto, entre los talibanes y el Estado Islámico, entre los talibanes y grupos de resistencia. Nada que no se parezca a lo que ocurría antes de la invasión. Queda un espacio geopolítico que buscarán ocupar potencias con ansias de protagonismo como China –con intereses económicos pero también con el fin de evitar un contagio de la “yihad” desde suelo afgano a musulmanes en su territorio a



Crédito fotografía: Wikimedia Commons



¿La tercera es la vencida?

El régimen de Nicolás Maduro y la oposición venezolana iniciaron en México su tercer intento de acercamiento, tras dos fracasos anteriores. El gobierno antepone su exigencia de que caigan las sanciones internacionales en su contra –embargo petrolero incluido-, a cualquier mejora de las condiciones electorales, el principal pedido de la oposición. Estados Unidos y la Unión Europea se han mostrado abiertos a algunas concesiones, que dependen de la actitud del régimen de cara a las elecciones regionales para gobernadores y alcaldes previstas para noviembre. Maduro llegó a hablar incluso de un diálogo directo con Estados Unidos para la vuelta de los respectivos encargados de negocios tras la ruptura de relaciones diplomáticas en 2019. La oposición, que no participó de los últimos dos procesos de votación por considerar que no había condiciones de legalidad y transparencia, estará presente en los comicios de noviembre, segura de que solo reconstituyéndose, recuperando puestos de poder, podrá medírsele a un régimen autoritario apoyado en la fuerza militar. Esta ecuación permite sacar algunas conclusiones. La oposición admite que la



Crédito fotografía: Wikimedia Commons

salida de Maduro puede tomar tiempo, y que no basta con sanciones internacionales, ni con el reconocimiento de Juan Guaidó como presidente interino o encargado cuando no tiene forma ni tribuna para ejercer poder alguno. El gobierno encabezado por Maduro deja en evidencia que las sanciones le están ahogando, que necesita oxígeno en medio de la hiperinflación descontrolada, la falta de productos básicos y la irónica escasez de gasolina en el país con más petróleo del planeta. Maduro tiene que negociar si quiere que la crisis no empeore. El Estados Unidos de Biden no es el de Trump: el presidente, sin ceder en las sanciones, no parece apostar a que la dictadura caiga por asfixia. Maduro busca torcer las interpretaciones pretendiendo que elecciones con oposición legitiman su desvirtuado mandato presidencial. El chavismo sigue encaramado al poder en Venezuela. Pero la oposición, golpeada por arrestos y persecución, y también por divisiones internas, por primera vez en años hace a un lado muchas de sus diferencias y recorre el único camino posible: el de la reconstrucción. ●



[Golpe a Occidente]

través de la poco extendida frontera común-; y como Rusia -que tiene a ex repúblicas soviéticas en su zona de influencia y son destino de decenas de miles de refugiados afganos-. La imagen del presidente acongojado recibiendo los ataúdes de los 13 soldados estadounidenses muertos en el último atentado antes de que partiera el último efectivo estadounidense de suelo afgano, se acerca mucho más a la tristeza que al heroísmo, y podría marcar la próxima campaña para las elecciones de medio término en las que los demócratas se juegan su exigua mayoría en el Congreso. ●

Biden y el nuevo New Deal

El presidente Joe Biden será recordado como el mandatario con más edad en llegar a la Casa Blanca. También por su mal planificada retirada de Afganistán. Tal vez entre en los libros de Historia por zurcir algunas divisiones en el país tras la rocambolesca presidencia de Trump. Pero su verdadero objetivo es pasar a la posteridad como el mandatario que recuperó a Estados Unidos y su economía de la peor pandemia que se recuerde en más de un siglo. A eso contribuyeron algunas fórmulas neo keynesianas aplicadas en tiempos de crisis. Hacia allí apuntan ahora los faraónicos planes de infraestructura y de gasto social que promueve su gobierno y que le costarán mucho trabajo, tiempo y negociaciones en el Congreso. Su ambición es “multibillonaria”. Y con montos jamás vistos en números absolutos, sus posibilidades de hacer un cambio real en la economía son altas, si obtiene el dinero y lo utiliza con habilidad, inteligencia y dirección, más allá de la política y la búsqueda de popularidad. Biden tiene una corta ventana de oportunidad para lograr que el Congreso le apruebe los fondos que pide para mejorar la infraestructura dura, internet, o fomentar la economía verde. Esa ventana podría cerrarse cuando se renueve la Cámara y parte del Senado en 2022, así que el tiempo para lograr apoyo –y empezar a ejecutar los fondos, clave para mantener el control del Congreso– apremian. Biden tiene algo fundamental a su favor: pocos piensan que apunte a un segundo mandato, y por eso muchos cálculos electorales quedarán por el camino. ●

Uruguay en punta

Uruguay y China acordaron explorar la posibilidad de firmar un tratado de libre comercio bilateral. El anuncio lo hizo el presidente uruguayo Luis Lacalle Pou, quien desde su llegada al poder en 2020 ha venido maniobrando inteligentemente dentro del Mercosur para concretar lo que desde hace casi dos décadas pretende el país sudamericano: buscar acuerdos comerciales sin necesidad de contar con el visto bueno de sus socios de bloque. La reinterpretación del cuerpo de decisiones del Mercosur que hizo el gobierno de Lacalle Pou, que en definitiva desestimó cualquier aspecto vinculante de la conocida resolución “32/2000” en la que por años se escudaron Argentina y Brasil para impedir cualquier avance en negociaciones bilaterales con terceros países, termina concretándose, y Uruguay va a en busca de su ansiada apertura comercial. Independientemente del resultado, de si Montevideo logrará o no un TLC con la segunda mayor economía mundial, el país está dando un claro mensaje a la comunidad internacional de negocios: Uruguay quiere estar en el mundo a través del comercio. Como lo hicieron Chile o Perú, que no tenían los impedimentos, el corsé, que suponía el Mercosur. Hasta aquí la reflexión que impone el inicio de un camino que deberá pasar por estudios de factibilidad primero, y negociaciones, seguramente arduas, después. Pero queda “el lado chino” del asunto. El pequeño mercado uruguayo es una gota en un mar para el gigante asiático. Sin embargo, le permite dar un paso más en su estrategia de ganar espacios de influencia en todo el mundo, mientras Estados Unidos y Europa se concentran en sus problemas domésticos. Autos, aparatos electrónicos, tecnología 5G o vacunas: China sigue avanzando a paso firme en cada lugar que las “viejas” potencias desechan o ignoran, que se llame Afganistán –Pekín dio muestras de absoluto pragmatismo en relación a los talibanes a los que considera ya un dato de la realidad-, o que se llame Uruguay. ●

Tschüss Merkel

Angela Merkel se marcha del poder en Alemania. Y su salida abre un panorama incierto para su sucesión. La canciller, que desde hace 16 años gobierna al país más poderoso de Europa, una mujer de perfil bajo, pragmática y austera, será difícil de reemplazar. Los alemanes concurrirán a las urnas el 26 de setiembre para conformar un nuevo Parlamento, que será el encargado de elegir al sucesor de esta popular dirigente (llegó a tener 90% de aprobación a su gestión). El vicecanciller y ministro de Finanzas Olaf Scholz y los socialdemócratas lideran la intención de voto. Scholz en particular es, según las últimas encuestas “Politbarometer” divulgadas por Deutsche Welle, el candidato que inspira mayor confianza para el cargo entre los electores. Pero incluso así, ninguna formación política está en condiciones de formar gobierno por sí sola. Así las cosas, la decisión de Merkel de dejar el poder abre la puerta a las elecciones menos predecibles de los últimos tiempos en Alemania, lo que dispara muchas preguntas. ¿Surgirá un socio para el presidente francés en esta era post Brexit, aún sin resolverse del todo? ¿Quién ocupe el principal puesto de decisión de Alemania, se involucrará en las crisis mundiales –financieras, migratorias, sanitarias - al punto en que lo hizo Angela Merkel? ¿Cuál será el futuro de la ex canciller que, a los 67 años, podría optar por cualquier puesto internacional de peso que le pongan a su alcance? Es -no cabe duda- el final de una era. ●



Crédito fotografía: Wikimedia Commons